

IN MEMORIAM

LUIS MIGUEL ENCISO, PARA LA MEMORIA

Álvaro RUIZ DE LA PEÑA
Universidad de Oviedo

El ciclo de la vida va vaciando inexorablemente la nómina de dieciochistas que, entre los años sesenta y los albores del siglo presente, han contribuido con su formidable magisterio a levantar el monumental edificio bibliográfico del siglo XVIII español. En esos años, podría afirmarse sin exageración que el complejo entramado de parcelas que constituyen la realidad histórica del siglo de la Luces en España ha ido reordenándose, iluminando los espacios más sombríos y descuidados de aquella centuria: la economía, la sociedad regimetal, la cultura, las redes de poder, la ciencia, las artes, las instituciones..., con un grado de aproximación verdaderamente admirable, creando ondas expansivas que acabaron por ampliar la vida animada de aquella sociedad en otros muchos espacios de sociabilidad, dibujando el pulso de la historia cotidiana: las Sociedades Económicas, la prensa, la religiosidad popular, la alfabetización, el pauperismo, las academias, y un sinfín de aspectos que nos permiten hoy tener una visión mucho más completa de aquel determinante período.

En ese contexto de cambios historiográficos, libres ya de prejuicios y apriorismos, es en el que cabe situar la figura señera de Luis Miguel Enciso Recio. Nacido en Valladolid, en 1930, en el seno de una familia vinculada a la educación y a la docencia, la carrera universitaria del joven Enciso se inicia con una tesis dirigida por Vicente Palacio Atard, publicada por el CSIC en 1956 con el título de *Nipho y el periodismo español del siglo XVIII*. No creo necesario poner de relieve lo que esa monografía supuso en los estudios sobre la prensa española de la segunda mitad del siglo, funcionando como referencia ineludible en todos los estudios posteriores. Al año siguiente, Enciso complementaría esta primera gran aportación con *La Gaceta de Madrid y el Mercurio Histórico y Político. 1756-1781*, igualmente publicado en Valladolid, en 1957, completándola –como si de una trilogía se

tratara— con su *Prensa económica española del siglo XVIII. El Correo Mercantil de España y sus Indias*, asimismo editada en Valladolid en 1958.

Pero, en la larga y fecunda deriva personal del profesor Enciso, no debe valorarse exclusivamente su dedicación a la docencia y a la investigación universitarias. Catedrático en la Universidad de Valladolid desde 1965, hasta su traslado a la Complutense madrileña en 1980 (en la que se jubilaría en 2002), Enciso participó activamente en la fundación y consolidación del proyecto político de la UCD de Adolfo Suárez, que aportó peso democrático a la derecha moderada española, pilotando la compleja Transición que convirtió a España en una democracia de pleno derecho, homologable a las del resto de países del occidente europeo. Desde las filas del partido Demócrata-Liberal de Antonio Garrigues Walker, Enciso fue elegido senador entre los años 1977 y 1982, ocupando la portavocía de su grupo parlamentario en el curso político 1981-1982, siendo elegido vicepresidente del partido citado en 1983. En lo que respecta a su dedicación a la actividad cultural —para la que tenía unas condiciones admirables de «agitador»—, vemos a Enciso fundando la Cátedra Felipe II en Valladolid (1968-1995), al tiempo que dirige la Casa Museo Colón en la ciudad y preside el Ateneo hasta su marcha a Madrid. Estas experiencias de gestión debieron influir en su aceptación del cargo de comisario de España en la Exposición Universal de Lisboa, en 1998, así como la presidencia de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales entre los años 2002 y 2004. Tras estos paréntesis de *representación política*, el profesor universitario volvió a su quehacer profesional. Nombrado miembro de número de la Real Academia de la Historia en 1999, Luis Miguel leyó su discurso de ingreso en 2002 con el trabajo sobre *Barroco e Ilustración en las bibliotecas privadas españolas del siglo XVIII*, que aporta nuevos elementos documentales y reorganiza muchas de las investigaciones parciales existentes en la bibliografía sobre las librerías del siglo. Me gustaría afirmar, en este sentido, que Enciso estaba especialmente dotado para los trabajos de síntesis histórica, de los que destaco dos, elaborados y concluidos cuando ya la enfermedad había mostrado sus primeros signos y avanzaba fatalmente en su organismo. Me refiero a su monografía *Las Sociedades Económicas en el Siglo de las Luces*, publicada en Madrid en 2010 por la Real Academia de la Historia, y los *Compases finales de la cultura ilustrada en la época de Carlos IV*, igualmente editada por la académica institución en 2013. El orden el rigor, la amenidad de su escritura y el apabullante caudal bibliográfico sobre el que descansa el texto nos hablan del dominio y la competencia del especialista a la hora de abordar contextos históricos tan variados como complejos, que todavía en el ecuador del siglo XX permanecían ocultos a la mirada del investigador y los lectores.

Ya en un nivel más personal, debo decir que desde el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, siempre se contó con la colaboración generosa y desinteresada del profesor Enciso. En uno de los Cursos de Verano programados por el Instituto Feijoo, en la localidad asturiana de Llanes, quisimos recordar «La huella de Jovellanos en el siglo XIX». En ese año de 1996, invitamos a especialistas de reconocida

competencia (Fernández Sebastián, Artola, Anes, Gil Novales y el propio Enciso, al lado de los investigadores titulares del Instituto). Su intervención, clara y precisa como siempre, versó sobre «Jovellanos y las Sociedades Económicas», que desarrollaría más tarde en la obra ya citada *Las Sociedades Económicas en el Siglo de las Luces*. Por Llanes habían ido pasando, y pasarían más tarde, los dieciochistas españoles y extranjeros más prestigiosos del mundo dieciochista. Acabado el curso, Enciso me aseguró que aquellos cursos de Llanes tenían una dimensión difícil de encontrar en otros similares a los que había asistido, en distintos lugares de la geografía académica española. Y es que Luis Miguel era así. Elogiaba el trabajo de los amigos y se alegraba sinceramente con sus éxitos. Abría puertas a la amistad y se instalaba en ella, fortaleciendo siempre la autoestima del amigo, que empezaba a serlo para siempre. Lo dicho: Enciso era así.

Cuando en 2012 presenté mi libro *La hora de Asturias en el siglo XVIII* en Madrid, me llamó para decirme que quería presentarlo él. Ya lo había leído, y no entendía por qué no le había pedido acompañarme en el acto. Le respondí que detestaba meter en compromisos a los amigos; me aseguró que solo por encima de la amistad estaba la profesionalidad del historiador y que allí no había conflicto alguno por el que se sintiera forzado. Su presentación duró tres cuartos de hora. Porque, repito, Enciso era así.

Llevó su enfermedad –me consta– con elegancia y entereza, y expresaba mucha mayor preocupación cuando se refería al estado de salud de su querida esposa. De ello y de la vida en general, hablamos largo y tendido en mis viajes a Madrid, en la terraza del Wellington. Discrepamos hablando de política, criticamos la mediocre deriva académica de las humanidades en España, nos reímos de la pedantería y la banalidad de determinados ambientes universitarios y, por encima de todo, recordamos los tiempos en los que la ilusión y la esperanza se imponían a todo lo demás. Muchas más cosas se me ocurren sobre la rica personalidad de Enciso, pero todos los que le conocieron y tuvieron la buena fortuna de ser sus amigos sabrán disculpar que –como él solía decir– no me ponga «estupendo».

Descansa para siempre, admirable Luis Miguel, querido maestro.

